

Castígame, Señor, no me abandones;
 Redúceme al redil á latigazos;
 Pues si yo te ofendí, ¿con qué derecho
 Me pretendo eximir de los trabajos?

Dáme resignación, y vengan penas,
 Mi espíritu avalora desmayado,
 Y entónces las miserias y dolores
 Me serán apreciables, suaves, gratos.

En fin, quema, Señor, aquí castiga,
 Oprime, corta y hazme mil pedazos. . . .
Hic ure, hic seca, ut in aeternum parcas,
 Como allá me perdones, Dueño amado.

Vicente Riva Palacio.

A ORIZABA.

Ahí estás tú cual antes coronada
 De floridos naranjos y de rosas;
 Entre gigantes cerros reclinada
 Bañada por tus aguas misteriosas.

Ahí estás tú: poética te asomas,
 Ceñida por tus fértiles praderas,
 Nido un tiempo de garzas y palomas,
 Hoy cueva de chacales y panteras.

Escucha mi canción, oye mi acento
 Que hasta tus muros llevará mi grito
 Como eco de fatal remordimiento,
 Que te despierte en tu soñar maldito.

Asilo de traición y de perfidia,
 Hermosa flor de emponzoñado aroma,
 Ya con las sombras majestuoso lúdia
 El sol de gloria que brillante asoma.

Te baña ya su resplandor divino
 Que absortos mirarán doquier que vaya
 El buitro de Magenta y Solferino
 La hiena de Cocula y Tacubaya.

Goza, Orizaba, goza; y su sonrisa
 Tus hermosas prodiguen seductoras,
 Al escuchar, entre la fresca brisa,
 Del invasor las músicas sonoras.

Goza, Orizaba, goza, y que tus bellas
 De leves talles y graciosas faldas
 Como ellas linda, pérfida como ellas
 Lleven á los traidores sus guirnaldas.

Duérmete, meretriz, no te despierte
 La tempestad que el huracán agita,
 Que es tu sueño presagio de la muerte:
 Orizaba infeliz, estás maldita.

Maldita, sí, maldita, y en tu frente
 La mano del traidor el crimen sella,
 Porque sentiste muda, indiferente,
 Del invasor la aborrecida huella.

Cerrado está tu seno al patriotismo
 Y entre la impura bacanal te agitas;
 Para lavar tu crimen, un bautismo
 De lágrimas y sangre necesitas.

Y lo tendrás, y lavarás tus manos
 Esa patria de amor que por tí gime,
 Con sangre... ¡ay!... tuya no; de mis hermanos,
 Pues sangre de traidor nunca redime.

Y beberán tus calles y tus huertos
 La sangre de tus héroes venerada,
 Y entre escombros y lágrimas y muertos
 Al mundo volverás regenerada.

Y si mi sangre tu remedio fuera,
 Tómalala y sé tan pura como antes:
 Vuelve á empuñar nuestra triunfal bandear
 Y sigue nuestras águilas triunfantes.

Mayo de 1863.

IGNACIO AYILA VAZQUEZ.

ORIZABA.

(COMPOSICIÓN ESCRITA EN HUAUCHINANGO.)

¡Miradla allí! Su espléndida hermosura
Esclava es hoy de la opresión agena,
Y tras la luz de su mirada pura
Se ven los rasgos de su amarga pena.

¡Miradla allí! Por su volcán brillante
Velada está; y entre las verdes cañas
Se eleva solitaria y arrogante,
En medio de sus poéticas montañas.

Vedla bajo los árboles sombríos,
Sobre jardines de fragantes flores,
Al són quejoso de sus mansos ríos
Llorar tal vez su pena y sus dolores.

¡Ah, no la maldigais! Dejad que lllore
De su fortuna la fatal mudanza,
Y que, arrastrando su cadena, implore
De sus valientes hijos la venganza.

Aún se mira á la luz de sus orgías
Cómo lleva en su cien de blanco lirio,
En vez de los laureles de otros días
La punzante corona del martirio.

¡Ah, no la maldigais! Si delincuente
Hoy la hace ser una opresión tirana,
Tal vez con sangre de su pecho ardiente
Esa vil mancha borrará mañana.

¡Ah, no la maldigais! Fué su destino
El cuello dar al extranjero yugo,
Y al verse abandonada en su camino,
En las garras caer de su verdugo.

¡No pudo resistir! Sólo, indefensa,
A discreción quedó de sus tiranos;
Y sólo pudo en su fatal vergüenza
Cubrirse el rostro con sus blancas manos.

Es cierto que traidora la han llamado,
 Execrando por eso su memoria;
 Mas á pesar de esa palabra, ha dado
 Un rasgo hermoso de valor y gloria.

¡No! La que llena de civismo un día
 Libertó del tirano, bienhechora,
 A los valientes de la patria mía,
 Esa ciudad no puede ser traidora.

¡No! La que abriga en su florido suelo
 Esas mujeres de heroísmo llenas;
 Que como ángeles fueron de consuelo,
 Quitando al prisionero las cadenas;

Esa ciudad no debe tal apodo
 Llevar sobre su ilustre nombre ahora:
 Si el pié de un invasor le arroja lodo,
 ¡Nunca por eso la llameis traidora!

¡Ah, no la maldigais! Mirad su llanto,
 Y en su semblante el infortunio escrito;
 Compadeced su bárbaro quebranto,
 Pues su suerte infeliz no es un delito.

Si caida la veis, como á una hermana
 Prestadle ayuda; y de la vil escoria
 Brillante entonces se alzar á mañana
 Con los laureles de su antigua gloria.

Respetad su dolor. Su oprobio y duelo
 Obra es nomás de su infeliz estrella:
 Si parte ella es del mexicano suelo,
 ¡Compasión y piedad tened para ella!

JOSE M. BANDERA.

SONETO.

(Inédito.)

A LA SIMPÁTICA CANTORA DE ORIZABA
SEÑORITA C. P.

Oculto cual la tórtola inocente
Que en un sauz á orillas de un riachuelo,
Eleva sus canciones hasta el cielo,
Triste llorando por su bien ausente;

Así cantas, tu acento blandamente
Trae á mi oído de la brisa el vuelo,
Y de Orizaba al pintoresco suelo
Me miro trasportado de repente.

Y contemplo sus bosques de azahares,
La floresta y la fuente que escondida
Corre entre los umbrosos platanares;

Y me encanta la tierra bendecida
Que te inspiró dulcísimos cantarés,
Donde brilló la aurora de tu vida.

1860

ANTONIO PLAZA.

A LA LUZ.*

CANCIÓN.

A tí, preciosa esperanza;
A tí, madre de la aurora;
Luz, divina precursora
De la eterna venturanza;

A tí, luz, á tu existencia
Sacrosanto culto rindo,
Porque eres tú lo más lindo
Que formó la Omnipotencia.

Por tí la viajera nube,
Si en ella el sol resplandece,
Flotando al aire, parece
Ala blanca de querube.

* Esta composición y las siguientes son inéditas.

F. J. A.

Si la lluvia descompone
El rayo del sol quemante,
Arco de iris rutilante,
Tu presencia, luz, compone.

Si la nube cenicienta
Recibe el ígneo reflejo,
Al servir al sol de espejo
La parelia se presenta.

Por tí de estrellas temblantes
Salpicado el cielo miro,
Como en plancha de zafiro
Incrustación de brillantes.

Si espléndida tú descuellas
En la triste noche umbría,
Haces de la noche día,
Con luceros, con estrellas.

Que Dios puso con anhelo
En tus rayos los colores,
Y sin tí no hubiera flores,
Ni estrellas, ni sol, ni cielo.

Sentiré, cuando sucumba,
Dar mi eterno adios al día;
¿Quién la tumba temería
Si tuviera luz la tumba?.....

Si apareees, el capuz
Desbarata tu presencia. . . .
Eres, luz, la omnipotencia,
Que no fuera Dios, sin luz.

A ROSARIO.

EN SU ALBUM.

Desde que eras inocente,
 Tu juventud soberana
 Ví despertar lentamente
 Como despierta en Oriente
 Poco á poco la mañana.

Niña tú, te ví jugando
 Cual mariposa inconstante
 Que vá en el pensil volando,
 Sus lindas alas mostrando
 Al rayo del sol quemante.

Allá en tu edad candorosa,
 Tan expansiva, tan bella,
 Fuiste el botón de una rosa;
 Y eres hoy, de luz preciosa
 Brillante y sublime estrella.

Fué estrella del paraíso
 La mujer, y, no te asombre,
 Dios la encendió de improviso,
 Porque ver en ella quiso
 La felicidad del hombre.

Tú, joven de alma elevada
 Y de semblante precioso,
 Eres luz immaculada
 Para brillar destinada
 En el altar de un esposo.

Tú naciste para amar,
 Linda Rosario, y anhelo
 Que seas luz en el hogar
 Y que halles trás el altar
 La inmensa dicha del cielo.

PRIX.

Soneto.

Desde la cuna donde tiernamente
Nos arruyan los besos maternos,
Hasta el ir del sepulcro á los umbrales
Tal vez á reposar eternamente;

¿Qué precio tiene nuestro afán vehemente
Para gozar las dichas celestiales
Del amor y amistad, que á los mortales
Nos ligan con cariño dulcemente?

¿Y aquesa religión que en el santuario
Profana el hombre con su aliento impuro
Entre el humo que arroja el incensario?

Todo nos cuesta ¡oh Dios! estoy seguro,
Aunque se crea que soy un temerario,
Sangre del corazón, ó un peso duro!

MI VOTO.

SONETO.

Todo es farsa, ridículo, alboroto,
Y la urna electoral ¡voto al Levítico!
Es cubilete del histrión político
Que mueve el interés de cualquier roto.

Yo que buscando las pesetas troto;
Porque mi erario siempre está raquítico,
Aunque ahora me llamen impolítico,
En el sainete liberal no voto.

Bien que venza el gobierno ó se derrote,
Y que alguien sobre vivos y difuntos
Se eleve, cual se eleva un papelote,

Yo corté con la patria mis asuntos
Y en caso de votar... ¿quereis que vote...?
¡Pues voto á todos los demonios juntos!

FÉ.

SONETO.

¿Por qué, si presa de iracunda suerte
Entre las garras del dolor me agito,
Con ilusiones de ángel forjo el mito
Que luz de sol en mi horizonte vierte....?

¿Con la fé la esperanza se divierte?....
¡No! que á otro mundo volaré bendito,
Cuando el veneno de mi sér maldito
Se quede en el regazo de la muerte.

Mi alma infeliz, á quien el hombre aplica
Rudo tormento que le arranca llanto,
Irá de gloria y de grandeza rica

A la región del eternal encanto. . . .
Si es verdad que el martirio santifica,
Voy á ser, como Dios, tres veces santo,

A LA MEMORIA
DEL
HERÓICO GENERAL
DONATO GUERRA

“No són los muertos los que en dulce calma
En paz reposan en la tumba fria;
Muertos son los que tienen muerta el alma
Y viven todavía.”

NUÑEZ DE ARCE.

* * *

Levanta, Gloria, la atrevida frente,
No llores más al ínclito guerrero;
Al que fué de los débiles hermano
Y terror de retrógrada canalla;
Al patriota inmortal; al arquetipo
De indeclinable fé; al caballero
Más noble que Bayardo y más valiente;
Al que alentó bajo grosera malla

Alma de niño, corazón de acero;
 Al que tigre en los campos de batalla
 Fué en culta sociedad, humilde, humano;
 Al demócrata fiel; al intachable;
 Al mártir coronado de victoria,
 Al hombre, en fin, cuya brillante vida
 Glorificó un verdugo miserable.

¿Por qué Gloria, llorar, si transmitida
 De una edad á otra edad vá su memoria
 Digna de que los siglos la veneren?

La Diosa Libertad estremecida
 Escribe sobre el bronce de la historia:
 Los hombres como Guerra, nunca mueren;
 Su nombre es una egida,
 Y el cadalso es el templo de su gloria.

* *

¡Ilustre general! hoy acompaña
 A tu recuerdo mi sentido canto,
 Sin que esa tumba que de luz se baña
 EmpaÑe con las gotas de mi llanto.
 Tú el brasero de Scévola encendiste
 Al calor de tu aliento poderoso,

Y al heroísmo catoniano uniste
 La abnegación de Régulo. . . . ¡Dichoso
 Tú que gozando en mundo de verdades
 La beatitud ingente,
 Has dejado flotando en las edades
 Tu nombre refulgente!!

Brillante como sol fué tu carrera. . . .
 ¡Modelo de civismo!

Yo te envidiara, si envidiar supiera;
 Más. . . . ¿quién como tú mismo?
 ¿Y quién habrá que ahora
 Al mártir lllore que tan grande era?
 La muerte del soldado, no se llora;
 La tumba de los héroes, se venera.

No son los muertos, nó, los que reciben
 Rayos de gloria en sus despojos yertos:
 Los que mueren con honra, siempre viven;
 Los que viven sin honra, son los muertos.

A LA SEÑORITA
Luz Rivera y Río.

EN SU ALBUM.

Sin ser, niña, un sér perverso,
 Sin dejar de serlo un poco,
 Soy un especie de loco
 Que al mundo maldice en verso.

Y trás mi estúpida calma
 Y mi eterno desencanto,
 Guardo una historia de llanto
 Entre el misterio del alma.

Triste, solo, descreído,
 Marcho como en un desierto,
 Que á mi corazón de muerto
 Ya no le queda un latido.

Tengo una existencia trunca,
 Escepcional, depravada,
 Y no creo, Luz, en nada
 Ni en nada he creído nunca.

Mas yo que no hago memoria
 De si alguna vez creí,
 Empiezo á creer que hay gloria,
 Pues miro un ángel en tí.

Tú debes ser, no te asombres,
 Si buena cual linda eres,
 La envidia de las mujeres,
 La adoración de los hombres.

MANUEL ACUÑA.

TODO SE ACABA

Soñando y reclinado en la pendiente
De la colina verde y matizada,
Donde una noche sorprendí á mi amada
Repitiendo mi nombre tristemente;
Allí donde la virgen inocente
Temblando en su rubor de enamorada
Me hizo oír esa frase idolatrada
Que aún hoy pienso escuchar en el ambiente;
Allí me hallaba yo y allí lloraba
La dulce dicha de mi amor ya muerto,
La dulce dicha que tan pronto acaba,
Cuando oyendo una voz, calló, despierto. . . .
Y era Nemesio el mozo, que gritaba.
Se acaba el desayuno. . . . y era cierto.

¡POBRE FLOR!

—¿Por qué te miro así tan abatida,
Pobre flor?
¿En donde están las galas de tu vida
Y el color?
Dime ¿por qué tan triste te consumes,
Dulce bien?
¿Quién vino á arrebatarte tus perfumes,
Díme quién?
—¿Quién? el delirio devorante y loco
De un amor,
Que me fué consumiendo poco á poco
De dolor!

Porque amando con toda la ternura
De la fé,
A mí no quiso amarme la criatura
Que yo amé.

EN UNA CALAVERA.

Y por eso sin galas me marchito
Triste aquí,
Siempre llorando en mi dolor maldito,
Siempre así!

Dijo la flor, y terminó su historia.
¡Pobre flor!

Yo gemí. . . . era igual á la memoria
De mi amor.

Cabrió, Febrero de 1869.

Porque amando con toda la ternura
De la fé,
A mí no quiso amarme la criatura
Que yo amé.

EN UNA CALAVERA.

Y por eso sin galas me marchito
Triste aquí,
Siempre llorando en mi dolor maldito,
(Improvisación.)
Página en que la esfinge de la muerte
Con su enigma de sombras nos provoca,
¿Cómo poderte descifrar, si es poca
Toda la luz del sol para leerte?

MADRIGAL.

A CH....

Son tus labios tan rojos y tan bellos,
 Y tan suave y tan dulce
 La dulce y suave miel que mana d'ellos,
 Que si querube fuera,
 Y por unir tu boca con la mía,
 Existencia y Edén juntos perdiera,
 Sin vacilar siquiera
 A existencia y Edén renunciaría.

AISLAMIENTO.

Todos lloran; pero al menos
 Cuando muestran su quebranto
 De angustia y pesares llenos,
 Hallan una mano amiga
 Que sus dolencias mitiga
 Y enjuga su acerbo llanto.

Y solo yo, ¡triste suerte!
 Lloro y lloro en la agonía
 Del dolor y de la muerte,
 Sin encontrar en mi senda
 ¡Ni una alma que me comprenda!
 ¡Ni una alma para la mía!

El sol al dejar el cielo
Y al ocultar sus fulgores
De la noche trás el velo,
Muere. . . . pero acompañado
Del aroma delicado
Con que le brindan las flores.

Y muere. . . . pero las aves
Al no mirar sus destellos,
Callan sus trinos süaves,
Y entre quejas y gemidos,
Van á esconderse en sus nidos
Cuando se esconden aquellos.

Y el lirio que se consume,
Muere marchito y sin galas,
Sin color y sin perfume;
Pero al perder su belleza,
Siente que el aura lo besa,
Cubriéndole con sus alas.

Y la fuente que se agota,
Sus aguas y sus espumas

Perdiendo gota por gota,
Mira al cisne que suspira,
Cuando el espejo no mira
Que retrataba sus plumas.

Y todos, todos los séres
Encuentran en su quebranto
Quien calme sus padeceres,
Y sólo yo. . . . sin abrigo,
Sufro y no hallo un sér amigo
Que venga á enjugar mi llanto.

Y así corriendo y corriendo
Del mundo entre los abrojos,
Voy llorando y voy gimiendo,
Al sentir bajo mis huellas
De mis ilusiones bellas
Los palpitantes despojos.

Y gimo y el mundo canta,
Y entre copas y rüido
Su alegre cantar levanta;
Mientras mi voz lastimera

No encuentra un eco siquiera
Que gima con su gemido.

Y así entre el pesar y el dolo
Sufro y sufro en mi agonía.
Maldito y aislado y sólo,
Sin encontrar en mi senda
¡Ni una alma que me comprenda!
¡Ni una alma para la mía!

México, Diciembre de 1868.

SAN LORENZO.

PAISAJE.

(A MI QUERIDO AMIGO ANTONIO CARRILLO.)

Dulce remedo del Edén perdido,
Verjel hermoso de pintadas flores,
En donde unidos al zenzontli cantan
Los risueños.

Deja que admire y goce la belleza
De tus silvestres y gentiles rosas,
Y que respire sus esencias puras
Y vaporosas.

Deja que el poeta desgraciado y triste
Que ansiando dichas padeceres halla,
Calme en tu seno la letal congoja
Con que batalla.

Deja que mezcle el llanto de mis ojos
Con los raudales de tus claras fuentes,
Y mis gemidos al murmullo que ellas
Lanzan dolientes.

Tú, cuyo viento arrullador y blando
Meció la cuna de mi tierna infancia,
Suave esparciendo en mi redor lo dulce
De su fragancia:

Tú, cuyas lilas de aromadas hojas
Paso negaban á la luz del día,
Frescas calmando para mí los rayos
Que despedía:

Tú, cuyas brisas arrullaban leves
Mis gratos sueños con los cantos suyos,
Mientras las aves me brindaban puras
Con sus murmullos;

Deja que goce la celeste calma
Que se respira entre tus verdes hojas,
Y que un instante la tristeza olvide
De mis congojas.

¡Es tan hermoso hallar lo que la mente
Sueño juzgaba en su dolor eterno. . . .
¡Es tan hermoso un lirio cuando sopla
Triste el invierno!

Yo, que he regado mi fatal camino
De mis ensueños con las flores bellas,
Y que la calma he visto disiparse
Mustia como ellas;

Yo, que oprimido por la dura garra
De mi terrible y azarosa suerte,
Solo buscaba al ángel de las tumbas,
Pálida muerte!

Al encontrarme entre tus frescas plantas,
Dulce remedo del Edén perdido,
Tanto disfruto, que mis penas hondas
Echo en olvido!

Triste piloto que al mirar deshecha
 Su débil barca por el raudó viento,
 Al ver la luna olvida, por gozarla,
 Su sentimiento!

—
 Y es que tú encierras para el pecho mío
 Una memoria de la edad risueña,
 En cada rama de tu bosque espeso
 Y en cada peña.

—
 Y que tus ecos repetir parecen. . . .
 El «Te amo suyo» lleno de ternura,
 Y que tus fuentes aún la imagen guardan
 De su hermosa.

—

 Deja, pues, deja que en tu seno busque
 La dulce calma por mi mal perdida,
 Mientras que llego al fin de la jornada,
 Tétrica vida!

—
 Y en tanto, selva, que llorando sigo
 Ante los restos de mi muerta gloria,
 Tú vive, vive, de mejores días,
 Tierna memoria.

Y cuanto venga á contemplar tus galas
 La virgen pura en cuyo amor me inflamo....
 Díla que la amo como siempre, selva,
 Díla que la amo.

México, Julio de 1868.